

La Amazona del gol

1

Mi hermano me enseñó a jugar fútbol. Desde chavitos he sido mejor que él. Al principio se enojaba, pero poco a poco ha aprendido a reconocer mi talento. Cuando cursábamos la primaria le chocaba que sus amigos me invitaran a su equipo; sentía tal envidia que hasta me prohibió llevarme con ellos. Por supuesto, no le hice caso, conozco mis derechos y siempre he defendido mi poder de elección. Me parecía tan absurda su postura que lo acusé con papá. Se enojó tanto que no sólo me dejó de hablar, sino que tampoco me ayudó a estudiar matemáticas (nunca he sido buena con los números). Esa situación me entristeció mucho. Antes de aquella rivalidad éramos los mejores amigos, por eso decidí dejar de jugar. “Te quiero más a ti que al balón”, le dije, “te prometo que nunca volveré a jugar fut”, lloré inconsolablemente. A Julián le angustió mi renuncia, se sintió tan culpable que me no hallaba qué decir: “perdón. Discúlpame, Sofí, yo no te quería lastimar. Soy muy tonto, pero es que, entiéndeme, es difícil aceptar que tu hermana menor te supere en un deporte de hombres!”. Esa confesión me hirió y le reclamé su machismo: “creí que eras diferente, pero no, eres igual a los demás, eres un tonto racista, intolerante, desconsiderado, retrógrada, o como se diga”, le grité y me encerré en mi cuarto. Supongo que lo hice sentir pésimo, porque me persiguió los días siguientes por todos lados rogándome que lo perdonará. Lo acepto: lo hice sufrir, pero no fue en mala onda, sino para darle una lección. ¡Mira que pensar que pensar que el fútbol es un deporte masculino exclusivamente, vaya!

Aquel día cada uno aprendió su lección: Julián, a ser más incluyente y yo, que las lágrimas sí funcionan. Ese mismo día, también, entendimos que existía la desigualdad.

En secreto hicimos un pacto tácito (ahora que tengo novio sé que la conciliación es imprescindible y más el diálogo, pero a esa edad, no comprendía las consecuencias de no hablar), no pregunté ni exigí ni nada; según yo, entendí su situación y él aceptó mi derecho, no volví a ridiculizarlo en la escuela, Julián volvimos a estudiar juntos y aparentemente nos reconciliamos. Retomamos nuestros hábitos, las lecturas, los juegos y muy de vez en cuando las prácticas futbolísticas vespertinas, pero, ¡claro!, solitarias.

Nunca me preguntó por qué ya no jugaba fut en la escuela, ni yo le pedí que me metiera en su equipo. Mis amigas se alegraron de “mi regreso” y yo, de compartir mis recreos con ellas; sin embargo, no dejé de pensar en que había algo injusto detrás. En ese entonces no comprendía bien: ahora sé que lo que me molestaba era la injusticia, la desvalorización y el prejuicio. Sin darme cuenta me conformé con ser lo que los demás consideraban que yo debía ser: una niña linda que jugaban juegos para niñas. Julián se percató de mi coraje y trató de consolarme. Me sentí muy desdichada, si bien mi hermano parecía ser solidario conmigo, me sentía marginada, y bueno, nadie más parecía pensar lo mismo que yo; así que por un tiempo me rendí... hasta que entré a la secundaria y conocí a la *Amazona del gol*.

2

Confieso que nunca pensé que la secundaria fuera tan hostil. Los alumnos eran muy grandes comparados conmigo, en casa me apodan cariñosamente *Chaparra*. “Roberto Carlos es chiquito y es un excelente jugador; Maradona tampoco es alto...”, me alentaba Julián. Los primeros días me la pasé persiguiéndolo, hasta que lo harté: “¡Sofía, déjame en paz! Tienes que hacer amigas, no puedo cuidarte todo el tiempo; además, no entiendo a qué

diablos le temes, nadie te dañará, es simplemente la secundaria ¿entiendes?”. Claro, le resultaba muy sencillo recitarme ese discurso, total, era de los galanes de la escuela, un chico muy popular, el primer lugar en física y química, un verdadero ídolo; en cambio yo era la más chiquita del salón, seguía usando corpiños y nunca había tenido novio. En pocas palabras: una perdedora, y para colmo a mi mejor amiga la habían inscrito en otra escuela. No sólo era la “peque”, sino que estaba condenada a la soledad. Acepté mi destino y me dediqué a leer (papá dice que los libros son los mejores cómplices, y tiene mucha razón) en los recreos.

Un día estaba clavadísima en la lectura, a punto de terminar *El guardián en el centeno*, cuando una sombra larga y fornida me cubrió. Temerosa alcé la vista: era Claudia.

—¿Sabes jugar fútbol? —me preguntó.

—Sí —la voz me temblaba. Respondí mecánicamente y casi de inmediato me arrepentí: ¡cómo me había atrevido a contestar que sí, no jugaba en equipo desde quinto!

—¿Y qué esperas, entonces?

Me quedé petrificada.

—Apúrate que no tenemos todo el día —sentenció.

Cerré el libro, me levanté y la seguí. Nos veíamos realmente cómicas. Una gigante y la otra enana, ¡vaya par! Su tamaño me humillaba, pero no me quedaba más que obedecer. Las mejillas me ardían, éramos el centro de atención.

—Ya sé que piensas que nos vemos ridículas, y quizá sea cierto, pero al menos a mí no me importa, siempre he sido muy alta y no me avergüenza...

—Bueno... no es que me de pena...—mentí. La verdad, la escena sí apenaba. En momentos como ese odiaba mi estatura y mi pecho plano; aunque siendo sincera, tampoco deseaba estar tan chichona y tan dadota como Claudia, “si tan sólo fuera como Isabel”,

pensé. La tal Isa era mi compañera de grupo y la más cotizada de la escuela: todos, incluyendo al estúpido y coqueto de mi hermano, querían con ella, en cambio a mí nadie me pelaba. En fin, tenía ganas de desaparecer.

—No seas mentirosa. Sé que te da pena y no tiene nada de malo. Te entiendo, cuando iba en la primaria pocos se querían juntar conmigo, mi tamaño los espantaba y muchos se burlaban de mí, pero sabes, no soy un monstruo y he aprendido que tengo un lugar tan digno como los demás, que nadie tiene derecho a burlarse de mí ni hacerme menos. ¿Cómo ves?

—Eres muy valiente —dije sinceramente. La verdad estaba atónita, Claudia tenía mucha razón: todos somos iguales, tenemos los mismos derechos y la capacidad de decidir qué sí y qué no queremos hacer: ¡somos libres!— de verdad eres muy valiente —repetí y enderecé la espalda. En unos cuantos segundos recuperé las ganas perdidas y los ánimos desperdiciados.

—No exageres —se rió y me dio un manotazo que casi me desbarata.

—Oye, y cómo se sabías que aceptaría jugar fut.

—No tenías opción —me miró amenazante—. No es cierto, *Chaparra*, Julián va en el mismo salón que mi hermano y le comentó que eras muy buena en el fut, y que no tenías muchas amigas, entonces Carlos me dijo y yo pensé que...

—Te di lástima —reclamé.

—¡Estás loca! Claro que no. Simplemente sé lo que se siente estar sola y tú vienes de otra escuela y no conoces a nadie...

—Pues, gracias —le tendí la mano.

—No me des las gracias, lo que debemos hacer es retar al imbécil del *Piojo*.

—¿Al de tercero?

—Sí a ese enano, déspota y violento. Me tiene harta, pero lo que más me molesta es que nadie se atreva a nada, se cree el cacique de la secundaria, y claro el resto somos sus siervos. ¡Me enfurece que seamos tan idiotas y no nos demos a respetar! ¡Grrr! —. Apretó los puños.

—No te enojés...

—¡Ay, Sofia!, eres nueva aquí y no conoces la larga historia de sometimiento. Ese *Piojo* es un desgraciado, desde chiquito, o al menos eso recuerdo. Nunca he comprendido en qué radica su poder.

—En el miedo e inseguridad de los demás —aseguré— mi papá dice que “el valiente es valiente hasta que el cobarde quiere”. Es el mismo viejo cuento de siempre, pero los imperios caen.

—¡Sabía que podía contar contigo! ¡Lo sabía! ¿Todo eso lo aprendiste en los libros? Después de que derroquemos al piojo, fundaremos un club de lectura. Desde que te vi, me dije: esa chaparrita no es tonta, nada tonta —me abrazó— Oye, luego me prestas tu libro, pero luego, eh.

—¡Por supuesto! —Estaba feliz. ¡Por fin conocía a alguien que pensaba como yo!— ¿Qué onda con el fut? Ya casi termina el recreo —le pregunté ansiosa a mi primera gran amiga de la secundaria.

—Sígueme...

Estaba excitada, eran demasiadas emociones para un solo día. La idea de retar a ese *Piojo* me atemorizaba, pero también me hacía sentirme útil, no, mejor dicho: digna, me reivindicaba conmigo misma y de paso se trataba de mi regreso al fútbol.

—Oye, ¿quién más jugará con nosotros? —pregunté.

—Ese es otro problema que resolveremos después.

—Oye, ¿por qué te cae tan gordo el *Piojo*?

—Odio la injusticia y ya me cansé, de verdad, estoy cansada de que nunca me dejen jugar fut, porque soy “vieja”, se burlaba de mi estatura y, además, me choca que se crea el dueño de la escuela. Le demostraré a ese idiota quién es la *Amazona del gol*.

—¿Y quién es, tú?

—Yo —contestó tajante y orgullosa.

Estaba sorprendida, emocionada, contrariada. Sentía gusanos en el estómago y hormigas en los pies. ¡Claudia era la famosísima *Amazona del gol*! Julián ya había hablado de ella: que era la mejor jugadora de la escuela y que el *Piojo* en un partido hizo trampa y la derrotó, y que el infeliz prohibió desde entonces que las mujeres jugaran fut. Todo empezaba a cobrar sentido. Entendí, entonces, el rencor de Claudia, el sometimiento absurdo de la escuela, el poder infinito del *Piojo* y hasta mi papel en la historia: soy muy rápida y buena delantera, bueno, aunque pensaba que había perdido mis habilidades.

—Oye, no he jugado hace años —aclaré.

—No te preocupes, yo tampoco, y lo que bien se aprende jamás se olvida.

—¿Quiénes jugarán con nosotras?

—Sofía, eso lo arreglaremos después. Tenme confianza.

—Está bien.

No entendía nada, pero estaba contenta. Al llegar a la cancha nos encontramos a Julián con *El Gordo*, su mejor amigo, viendo el partido; por supuesto del *Piojo* y sus secuaces.

—Los retaremos —advirtió Claudia.

—¿Ustedes dos y quién más? —se burló el insensible de mi hermano.

—Pues tú, *El Gordo*, Carlos, Claudia, yo... no sé, ya veremos —respondí instintivamente. *La Amazona del gol* ya me había contagiado su coraje— O qué, ¿tienes miedo? —Le voltee, como dicen, la tortilla.

—¿Estás loca? —*El Gordo* me barrió con la mirada— Ellos son los que mandan...

—Déjalos, Sofía, son unos cobardes.

—¿A quiénes te refieres?

—Por supuesto que al asta bandera o a las jardineras no; pues a ustedes, cobardes.

—Mira Claudia, no te metas con *El Piojo*. No te conviene, deja las cosas como están, más nos vale llevarla tranquila —insistió *El Gordo*— ¿qué no fue suficiente aquella derrota y sus efectos?

—Tú más que nadie sabe que hizo trampa, pero claro son unos conformistas, inútiles que no pueden exigir su derecho, unos miedosos que desconfían de sus propios valores y capacidades. *El Piojo* no es nadie, es un imbécil.

El rostro de Claudia reflejaba tristeza. La voz le temblaba y sus pupilas nadaban, yo cogí su mano y la apreté.

—Claudia tiene razón, no podemos dejar que él decida por nosotros. No es justo, no es honesto. Nosotros somos muchos, él tiene únicamente a su bandita.

—Sofí —Julián me acarició el cabello—, no sabes como son. Tengan paciencia, el próximo año acabará la dictadura, ya se va de la secundaria, ustedes serán libres y nosotros también...

—Me decepcionas —bajé la cabeza.

—¿Y qué ganarán? —nos retó *El Gordo*.

—Respeto, diálogo, justicia, integración, derecho... —aseguró Claudia—, pero a ustedes no les importa, porque total ya se van, no comprenden el significado de la

solidaridad. Son unos egoístas; no, unos inconscientes: creen que permanecer callados los salvará o les evitará problemas, se equivocan: el silencio es complicidad. Definitivamente son igual a ellos. ¡Agachados!

—¿Son estúpidas o se creen mártires? —*El Gordo* se rió y volteó a ver a Julián.

—Son ingenuas...

—¿Cuál es el alboroto? —interrumpió Carlos. Por cierto, hasta ese instante me di cuenta que estaba guapísimo.

—Nada —aseguró Julián—, sólo que a nuestras hermanitas se les metió en la cabeza retar al *Piojo*.

—¿De verdad? —Nos abrazó a ambas— ¡Hasta que alguien da el primer paso! Yo me uno, ¿qué debemos hacer? ¿Qué has pensado, Clau?

—Retarlos para un partido de fut —sus ojos brillaban—, ¿cómo ves?

—¡Estupendo!

—¿Y tú, Sofía, también jugarás? —me sonrió y esa sonrisa me abrazó completamente, me sentí en el cielo. Su voz me acariciaba.

—Sí —afortunadamente nadie notó que temblaba.

—Además, dice tu hermano que eres una excelente delantera.

—No creas todo lo que dice —me mordí el labio.

Julián me pellizco y al oído me dijo: “deja de estar coqueteando”.

—Pues ya está, qué sigue. ¿Cuál es el plan? Claudita, eres tremenda —no dejaba de apretarla y abrazarla, ¡suertuda!—, me alegra que *La Amazona del gol* esté de regreso y que estemos a punto de presenciar el debut de Sofía —me cerró el ojo, yo casi me desmayo— Y tú qué, guapo Julián ¿te apuntas o no? Hazlo por tus fans, imagínate.

—No te burles.

—Ya, hombre, no te enojas —le dio un golpecillo en el hombro.

—Le entro —pronunció indiferente— y siendo sinceros, la verdad no le encuentro caso, ellos mandan nos guste o no.

—Pues sabes qué, hermanito, si no crees que podamos ganar mejor no juegues, necesitamos más que buenos jugadores, individuos con coraje.

—¿Qué te pasa, Sofía? No me agredas.

—No te agredo. Me saca de onda tu actitud, eres muy raro, por una parte eres súper entrón y aguerrido y por otra eres, no sé como decirlo, conservador, miedoso, si tú estás bien, que el mundo se acabe... Cuando íbamos en la primaria no querías que jugara fut con tus amigos, y ahora hasta presumes lo bien que juego, pero eso sí: no quieres jugar nosotros porque en el fondo crees que perderemos. Ese tal *Piojo* es quien es por gente como tú, que se sienten incapaces de defender su integridad, su derecho, sus gustos... ¡Me chocas!

—Órale, resultó brava la chaparra —murmuró *El Gordo*—, pero no se peleen. Tampoco se trata de discutir y de enojarnos entre nosotros, se supone que estamos en el mismo bando, ¿o no?

—Sí —respondimos.

—Entonces, ya bájénle. Y tú Julián, como dice tu *sisterna*: si no nos crees capaces de vencer, mejor no participes; si crees que lo lograremos, éntrale. A mí ya me convencieron, ¡si son tremendas las de primero! Pero antes quiero poner mis condiciones: me tienen que presentar a Isabel, está preciosa.

—Sí, tiene un... —salivó mi hermano— un, un rostro —se rió— que enloquece a cualquiera.

—Son unos guarros —se rió Claudia.

—Pero por qué, si sólo dije que estaba preciosa, no que estaba buenísima ni ninguna patanería, Clau, tú sabes que soy un caballero.

—Somos unos caballeros, ¿verdad, *Gordo*? Tan caballeros que nos gusta la misma y peharemos por ella limpiamente, ¿o no?

—Pues ese *fair play* estará de tu parte, tú eres el galán de la escuelita, no.

—¿Qué les parece que la invitemos al equipo? A ver si así se le quita lo presumida y lo modosita. Le hace falta despeinarse tantito...

—No importa, siempre se verá guapísima —suspiró *El Gordo*.

—Bueno ya, ahora qué sigue —presioné— el recreo está a punto de terminar.

—No te pongas celosa —me reclamó *El Gordo*.

—Sofía no tiene por qué estar celosa, también es muy bonita —me defendió Carlos.

—¡Ay, por favor! Ya basta de noviar y de decir estupideces, lo que nos importa en este momento es la revancha —aseguró Claudia— luego se dan besos, pero ahora síganme.

Claudia se dirigió con su gran tamaño al centro de la cancha, Julián, *El Gordo*, mi Carlos y yo íbamos detrás. No sólo nos sentíamos invencibles: lo éramos.

—¡Quítate, tonta! —le ordenó *El Piojo* a Claudia.

—Me llamo Claudia y pídemelas cosas por favor, ¿entendiste?

—¿A quién quieres espantar, niña boba?

—Te vengo a proponer la revancha.

—¿Tú y quién más? —nos miró con desprecio— Ah, tu amiguita la lectora, su hermanito el galán y tu hermano Carlitos, ¡qué tiernos! —se carcajeó— ¿cómo los ven? ¿No te fue suficiente aquella humillación? La nena quiere más.

El equipo del *Piojo* empezó a burlarse de nosotros: “será pan comido, son unas tontitas de falda, enséñales quién manda aquí, conviértelas en tus esclavas...”. Julián,

Carlos y *El Gordo* estuvieron a punto de golpearlos; Claudia les aseguró que no valía la pena. Ellos se contuvieron, “por favor, tengan confianza”, rogó.

—¿Va o no va? —rematé.

—¡Qué tiernas amiguitas! —Se paró ligeramente de puntitas, al lado de Claudia resultaba un bicharraco— ¿Cuánto quieren perder?

Nos convertimos en el centro de atención. Estaba reunida la secundaria entera. El equipo del *Piojo* dejó burlarse

—O qué, ¿acaso tienes miedo? —El silencio y la certeza de sentirme acompañada me alentaron. Empecé a escuchar murmullos a mis espaldas, “¡pobrecitas, en la que se metieron!”, “ahora sí ya se armó”, “¿qué tratan de probar?”, “¡Claudia no entiende!”, “¡tontas!, como si no supieran quién manda”... Esos comentarios negativos me dieron más valor— ¿Te comieron la lengua los ratones?

—Los haremos pedazos —respondió finalmente *El Piojo*.

—Yo no estaría tan confiado —interrumpió mi hermano.

—Ya salió súper Julián al rescate —Se rió, aunque su risa sonó tan falsa que ni siquiera “los suyos” lo imitaron.

—Pero apuesten —gritó alguien.

—Sí, súper Julián, te apuesto a tu hermana... no está tan peor —me barrió con la mirada.

—No —contesté antes de que mi hermano enfureciera— apostemos el uso de la cancha, ¿qué te parece? Si ganamos se organizará un campeonato de fútbol, en el cual podrán participar los que quieran y tú tendrás los mismos derechos y obligaciones de los demás: o sea, se acabarán tus privilegios, ¿cómo ves?

—¿Y si pierden?

—No perderemos —respondió Claudia y me abrazó. Detrás de nosotros todos gritaban “Sí se puede, sí se puede, sí se puede...”

—Si pierden, serán nuestros esclavos para siempre, pero eso sucederá la próxima semana, para que vean que somos buena onda, les daremos unos días...

Los destrozaremos —intervino *El Pelón*, portero del equipo del *Piojo*— y los veremos llorar como niñas... ¡Ay, perdón, si son puras niñas! —se carcajeó.

—No me hace gracia tu mal chiste —contesté— Soy chava a mucha honra y aunque tu cabeza no te da para más, ojalá te entre que somos iguales, okay...

—No creo, yo tengo algo que tú no tienes —abrazó a su amiguito *El Piojo*.

—¿Estupidez? —cuestionó Claudia mientras la escuela entera se reía...

—Ya verán... —remató el *Piojo* y trató de empujar a Julián— ¡quítate!

Mi hermano simuló un pase de torero y los presentes gritamos “¡ole!”. Regresamos a nuestros salones de clase. El recreo había terminado.

3

Al día siguiente empezamos lo que los profesionales llaman el *draft*. Para sorpresa nuestra, no fue necesario lanzar una convocatoria, hubo muchos voluntarios y la mayoría muy buenos. Organizamos pruebas eliminatorias en el patio pequeño de la escuela, durante el resto de la semana. *El Piojo* no se apareció por ahí, pero nos llegaban los rumores de su enojo y de que aseguraba no perdería “su poder”, ¡vaya cretino!

Mi percepción de la secundaria cambió radicalmente. Aquel ambiente hostil se había convertido en uno democrático, incluyente y buena onda. Las eliminatorias estaban abiertas con las mismas oportunidades. Todos podían participar: chaparros, gordos, altos,

flacos, feos, guapos, chinos, lacios, rápidos, lentos, lentudos, con frenos, con barro, sin barro, aplicados, burros, niñas, niños... Los seleccionados serían los mejores, no habría amiguismos ni favores, mucho menos discriminación.

Para que nadie dudara y para crear un ambiente de confiabilidad, nombramos a un comité integrado por tres representantes de cada grado, escogidos entre sus compañeros y por votación; ellos no podrían jugar, su papel sería el verificar la legitimidad del proceso de selección del equipo. Si bien nos habíamos dividido las tareas (Claudia examinaría a los porteros; Julián a los defensas; *El Gordo*, a los medios y Carlos y yo, a los delanteros), también nosotros debíamos ser examinados. Claudia clasificó inmediatamente, durante las pruebas a los porteros ratificó que ella y sólo ella podía ser llamada *La Amazona del Gol*. Ernesto, uno de segundo grado, resultó ser el mejor portero; *el Amargueitor*, a pesar de su necesidad por ser el portero, resultó ser un defensa incontenible, aunque claro no le agradó mucho porque simplemente es un amargado y le encanta quejarse; Julián también quedó como defensa junto con *El Orejas* e, increíblemente, Isabel, quien demostró que no sólo es bonita sino audaz y agresiva, cualidades que provocaron que *El Gordo* se distrajera demasiado y no calificara, y que mi hermano descubriera lo que es el amor. Carlos quedó como medio y los delanteros seleccionados fuimos: *El Albóndiga*, de tercero; *El Enano*, de segundo y *El Prieto* y yo, de primero.

La jornada de selección resultó pacífica y muy reveladora. La participación femenina elevó las expectativas de esos machistas, incluido mi hermano, quienes creen que el fútbol es sólo para “hombres”; también fue contundente la presencia de los matados o nerds, a quienes adivinábamos ineptos para el deporte, tuvimos que reconocer el error: *El Enano*, *El Orejas* y Ernesto tienen los promedios más altos de la escuela y probaron ser unas fieras en la cancha. Los tímidos también le entraron y superaron la angustia; los

gorditos, como *El Albóndiga*, demostraron que quizá sean más lentos pero no tienen nada que envidiarle a los flacos y los chaparros como yo reiteramos que el tamaño no importa.

Durante esa semana, como dice mi abuela: “hubo de todo como en botica”: pleitos incipientes, roces, discusiones, diálogo, conatos de discriminación, reclamo de derechos, negociaciones, intentos de corrupción, legalidad, participación... ¡uf!, hasta romances (Carlos y yo nos hicimos novios mucho después), sobra decir que reinó la fraternidad y la amistad. En esa semana aprendimos a proponer, a valorar nuestras decisiones y aceptar nuestras elecciones. Mi papá afirma que eso se llama crecer.

4

Ese fin de semana lo recordaré el resto de mi vida. La selección de la justicia, como nos autodenominamos, nos reunimos sábado y domingo a las diez en el parque para practicar. Gracias al alboroto del partido descubrimos que la mayoría vivíamos en el mismo barrio, muchos se conocían de años y jamás se habían visto en los alrededores de la colonia; no nos sorprendió este desconocimiento, a casi nadie dejaban salir a jugar a la calle, pero ahora que ya somos de secundaria, nuestros padres confían en que sabemos cuidarnos y ya nos dejan salir solos al parque, pero temprano. A veces envidio las pláticas de mis papás, ellos aseguran que en sus tiempos (¡hace como millones de años!) la ciudad era más verde y que jugaban en las calles... La verdad no logro imaginar que esos recuerdos sean ciertos, a mí me parecen invenciones o mis papás están muy rucos o en este país la violencia ha aumentado a lo bestia. En fin, ese sábado nos alegramos de estar juntos y de ser vecinos. Disfrutamos mucho el estar ahí, el formar un equipo, compartir una causa nos impulsaba a ser mejores. Yo, según Julián, estaba desconocida, me aseguró que se le agradaba verme así

de feliz, “es el futbol, lo sé y no sabes lo que me arrepiento por lo que pasó cuando éramos niños”, no se cansaba de repetir; “no te agobies, Julián, ya pasó y bueno ahora es otro momento, estamos juntos y me apoyas”. Sinceramente, mi felicidad no sólo se debía a que después de un largo periodo volvía a jugar futbol de verdad, sino a que Carlos estaba ahí. “¿Te gusta mi hermano?”, me descubrió Claudia, “me gustas para cuñada y yo creo que a él no le desagradas nadita”; la grandota provocó que me sonrojara pero desee que sus palabras fueran ciertas... Y lo fueron.

El Enano consiguió que su hermano mayor —integrante del equipo de su facultad y ganador de varios torneos interuniversitarios— nos entrenara. Luis nos puso a trabajar en serio, dimos no sé cuantas vueltas al parque, más de cien lagartijas, sentadillas, abdominales, estiramiento y no sé qué tanto más, el dichoso calentamiento se me hizo eterno, pero una vez finalizado, el verdadero entrenamiento empezó. Nunca pensé que ser futbolista fuera tan cansando. Antes de jugar en serio, practicamos muchísimo con el balón. Luis nos enseñó pases, efectos y muchas cosas más. No sé cuántas horas estuvimos ahí, pero fueron muchas, terminamos como a las tres o cuatro de la tarde y antes de retirarnos, Luis nos invitó unos helados. ¡Es un tipazo! Ya relajados, nos explicó más cosas y nos hizo recomendaciones a cada uno en específico; por si fuera poco, nos dejó tarea para el día siguiente. “Están obligados a ganar”, nos advirtió... Y tenía razón. Yo lo escuchaba tan atenta que a Carlos le dieron celitos, bueno, eso me dijo Claudia después, la verdad aunque Luis está guapo, es muy muy grande para mí, pero me llamó la atención el rollo que nos aventó, porque habló de que nuestra acción era noble y justa, dijo que le había conmovido que hubiéramos sido tan incluyentes, que no hiciéramos menos a nadie, que el proceso de selección hubiera sido tan democrático y honesto... “pero lo que más me impacta es que hayan formado un frente contra el dictador y hayan optado por revelarse. Son *poca madre*”.

Por si fuera poco, se la pasó adulando a Claudia, aseguró que “el país necesita más mujeres como ella: luchonas, valientes, que demuestren no sólo que debemos vivir en equidad de género sino que son, en muchos aspectos, superiores a nosotros...” Nos dejó muy pensativos, nadie nos había hablado así; y muchas cosas, al menos yo, no las entendía bien. Un poco aturridos por tanto discurso y muy cansados del ejercicio nos fuimos a descansar para el entrenamiento dominical y definitivo.

El domingo llegamos más temprano, el rollo que nos tiró Luis surtió efecto; a pesar de que se nos quedaban muchas cosas en el aire, entendíamos que ese partido era no sólo importante, sino definitivo. No se trataba sólo de ganar o de perder, sino de participar, de convencer a los incrédulos de que el diálogo y la unidad sí concretizan cambios; también teníamos que enseñarle al *Piojo* y sus secuaces que las dictaduras no son eternas y que en una comunidad, las decisiones deben beneficiar a la mayoría y realizarse en consenso. El domingo estábamos más que felices, eufóricos; Luis, el hermano “loco” de Ernesto nos presentaba una versión del mundo diferente.

El calentamiento fue más leve y la práctica colectiva más larga. Además de aprender, nos divertimos mucho. Terminamos más tarde, nadie estaba cansado, la excitación por el partido del día siguiente nos tenía muy inquietos. Al finalizar el entrenamiento, nosotros le invitamos el helado a Luis. “Se llama reciprocidad”, aseguró Claudia.

Le pedimos nos platicara más sobre la participación social y la libertad de expresión, de nuestros derechos y obligaciones, y como a Luis casi no le gusta hablar, nos cayó la noche escuchándolo.

—Suerte, muchachos su triunfo será esperanzador y un gran paso hacia la consolidación del estado democrático —concluyó y nos abrazó a cada uno— y tú campeona —despeinó a Claudia— demuéstales quién es *La Amazona del gol*.

Claudia estaba radiante. Julián acompañó a Isabel a su casa. Carlos se ofreció a acompañarme, junto con su hermana, a mi casa “tenemos que cuidar a nuestra mejor delantera”, me guiñó el ojo. Los demás se fueron cada quien por su parte.

—Mañana es el gran día —vaticinó *El Amargueitor* que extrañamente no dejaba de sonreír.

5

Los minutos se me hicieron eternos. Pensé que nunca llegaría el recreo. En el salón, Claudia, *El Orejas*, *El Amargueitor*, Isabel, *El Prieto* y yo cruzábamos miradas cómplices, pero no éramos los únicos nerviosos, los demás compañeros también veían el reloj y nos observaban animosamente. La maestra notó la tensión.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondimos.

—Espero que ninguno de ustedes esté metido en el dichoso partido de fútbol del que se habla.

Antes de que alguien pudiera contestar sonó la campana. ¡Uf, la libramos de milagro! Salimos del salón como unos héroes; en medio del patio nos encontramos con el resto de la “selección de la justicia” y caminamos juntos hacia la cancha. Yo sentía que tocaba el cielo. Allá nos esperaban *El Piojo*, *El Pelón* y los suyos, nuestros rivales. Julián pidió un voluntario para fungir como árbitro; un chavo de segundo apodado *El Cuatro Ojos*

se apuntó. Los contrarios querían que fuera *El Manotas*, pero nosotros nos negamos. “Es trampa”, alguien gritó, y ese alguien tenía razón porque el tal *Manotas* es uno de los siervos del *Piojo*. Isabel dijo que el idóneo era *El Cuatro Ojos* porque con esos lentes podría ver cada detalle del partido. El público estuvo de acuerdo. *El Cuatro Ojos* chifló.

Julián le lanzó la pelota al *Albóndiga*, y éste corrió hasta el frente, casi solito; *El Orejas* se bajó y le pidió que le lanzara la pelota, no lo hizo, se adelantó esquivando a uno a dos a tres... y en lugar de pasarle a él o mí el balón, para que concretáramos la jugada con Claudia hasta el frente, tiró a la portería y falló. La verdad me enojé mucho, si me la hubiera lanzado o a la Clau... quizá el marcador se hubiese inclinado inmediatamente a nuestro favor, pero no, como siempre privó el individualismo. Isabel no dejaba de gritar, ni *El Gordo* de dar órdenes desde la tribuna: “Pásensela a Sofi... A Sofía, ¡brutos! ¡Va solita!”. *El Pelón*, el portero contrario, pateó el balón y cayó muy cerca del *Amargueitor*, quien demostró talento, habilidad y destreza; pero de nada sirvieron, pronto un grandulón lo empujó y lo tiró. A pesar de que *El Cuatro Ojos* marcó falta, los desgraciados fraudulentos del equipo de *Piojo* no hicieron caso y avanzaron hasta nuestra portería, defendida por Ernesto; el público vociferaba “Falta, falta”... Esos idiotas no se detenían e iban con todo contra el pobre... Yo sólo cerré los ojos. “¡Gooooo!” grito *El Piojo* y un chaparro pecoso de su equipo se atrevió a decir “¿A quién se le ocurre meter a nerds ñoños?” Ernesto dejó la portería y le reclamó.

—Repítelo, gusano.

—Tranquilo, tranquilo —el árbitro lo detuvo—. Ese gol —se dirigió al “gusano”— no cuenta porque había un fuera de lugar. Y tú —le tocó el hombro— ten cuidado con tus comentarios, al próximo te expulso.

Las aclamaciones y los aplausos crecieron. “*El Cuatro Ojos, el Cuatro ojos, el Cuatro ojos*”. Ernesto arrugó la nariz y se despegó la frente. Acariciaba el balón como un rey, se lo lanzó a Julián; mi hermano zigzagueó y burló a dos de los contrarios que no dejaban de marcarlo, pero hábilmente le mandó la pelota a Carlos hasta la media cancha y en un maravilloso pase la compartió con *El Prieto*, que a su vez esquivó nuevamente a uno, a dos... Yo estaba paralizada observando la escena, cuando me la lanzó. Vi al balón volar, por un instante se quedó suspendido en el aire. Sentía las miradas, mi posición era estratégica, en definitiva era el momento más especial de mi vida. Me dio miedo fallar: estaba aterrorizada. El balón se acercaba y yo ahí parada sin saber qué hacer. Julián me gritó “¡por el aire, por el aire!”, su voz se confundió con las otras voces “Sofía, Sofía, Sofía”. Crucé los dedos y salté como nunca. En el aire mi cabeza se topó con el balón. Le pegué... Claudia la alcanzó y con su toque maravillo se fue sobre la portería.

Lo que más le dolió al *Piojo* y a su banda fue el orgullo: “tenía que ser vieja”. *La Amazona del gol* renacía y con ella la selección de la justicia derrotaba al *Piojo* y sus secuaces. Corrimos hacia Claudia y la abrazamos. Comenzó a llorar. “Sí ya lo sé soy una cursi”, sollozó.

6

Al *Piojo* no le quedó más que aceptar el fracaso. No volvió a molestar ni agredir a nadie. Entre los tres grados formamos una liga presidida por Ernesto. Cada salón tiene un equipo, está de más presumir que el nuestro, capitaneado por *La Amazona del gol*, es el líder, ni que *El Amargueitor* fue considerado el mejor defensa y yo la mejor delantera. *El Prieto* descubrió que su vocación era el arbitraje y junto con *El Cuatro Ojos* se dedican a la

capacitación de los jueces de línea. Pronto participaremos en el primer inter-escolar de fútbol mixto. Isabel demostró que además de bonita es aguerrida; con un discurso espléndido, expuso que no había por qué dividir la liga en femenil y varonil, “queremos equidad de género”, señaló. *El Orejas* se retiró: “prefiero estar en la tribuna”. *El Enano* creció muchísimo y debutó como portero ahora posee el récord de menos goles recibidos. El *Albóndiga* adelgazó y se convirtió en un galán, es el favorito de las de primero, quienes están tristes porque le quedan pocos días en la secundaria.

Mañana es el partido de despedida para los de tercero; *el Gordo* negoció que se jugara en un deportivo cercano que tiene una cancha increíble, ha resultado un gran promotor, hasta nos consiguió uniformes con la empresa para la que trabaja su papá: “lo mío son los negocios”, asegura. Está muy contento de que Julián e Isabel sean novios, “ni modo, hay que saber perder”, se ríe mientras Claudia lo pellizca, “no es cierto, mi *Amazona*, si resulté ganón”. Carlos me pidió, por fin, que fuera su novia. Lo extrañaré mucho ahora que se va a la prepa; pero no importa, tenemos toda la vida. Clau y yo fundamos un club de lectura; Luis, el hermano del ex *Enano*, es nuestro asesor.

Cada uno encontró su lugar. Ya no somos los mismos. Aquel partido cambió nuestras vidas para siempre.

Miriam Mabel Martínez (México, 1971) ha sido becaria del Centro Mexicano de Escritores (1996-1997 y 1998-1999) y del programa Jóvenes Creadores del FONCA (2000-2001). En 2001 obtuvo una residencia artística en Vermont Studio Center y otra en 2002 otra Writers Room de Nueva York. Ha publicado en el semanario *Etcétera*, las revistas *Casa del Tiempo*, *Nexos*, *Vuelo*, *Los Universitarios*, *Origina*, *A pie*, *Chilango* y *Crítica* y en los suplementos culturales: *Crónica Dominical* y *Laberinto de Milenio Diario*; participó en la antología *Generación del 2000 Literatura Mexicana hacia el Tercer Milenio* (Fondo Editorial Tierra Adentro), publicó un libro de cuentos con la editorial independiente DAGA y busca editor para su primera novela.